

Alentado con este nuevo apoyo, el gabinete de Viena se dió á proseguir con más furor que antes su tarea de contra-revolución. El treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y uno, declaró solemnemente abolida la Constitución de cuatro de Marzo de mil ochocientos cuarenta y nueve, quedando sometida la monarquía austriaca á un régimen burocrático, cuyo rigor no templaban, como antes, los privilegios locales y los derechos nobiliarios. De los principios de la revolución, Schwarzenberg solamente se había apropiado uno, el de la igualdad, pero igualdad en la servidumbre, que trabajó por llevar á todas partes, y á su influjo, los gobiernos de los Estados alemanes ora volvieron á ser absolutos, ora redujeron el régimen constitucional á lo que había sido antes de mil ochocientos cuarenta y ocho, casi á nada. En los Estados italianos, excepto el Piamonte, la reacción se desbordó, al punto de afirmar los soberanos con altanería la legitimidad de su capricho. Ni la misma Dinamarca pudo librarse de la racha contra-revolucionaria. Schwarzenberg, adulando el patriotismo germánico, pidió que el Slesvig se uniese en estrechos vínculos al Holstein, parte integrante de la Confederación germánica, y que Federico VII diese una constitución común á todos sus Estados. La intención del ministro austriaco era manifiesta. Como el Holstein y el Slesvig habían de tener por fuerza una organización conforme á los principios ultra-conservadores de la Dieta, lo que Schwarzenberg buscaba, al pedir la unidad de constitución, era aplicar aquellos mismos principios al conjunto de la monarquía danesa. Por el deseo de que Austria y Rusia aceptasen su arreglo definitivo acerca de su sucesión, Federico VII cedió, publicando el veintiocho de Enero de mil ochocientos cincuenta y dos, como resultado de conferencias celebradas en Viena durante varios meses, una declaración conforme á los deseos del gran ministro.

Ya que no había logrado introducir la monarquía austriaca entera por la gran puerta de la Confederación, el impertérrito Schwarzenberg trató de meterla por la pequeña del *Zollverein*. Su primera gestión á este efecto data de Enero de mil ochocientos cincuenta. Prusia eludió contestarle. No se dió por vencido, y esperó, para insistir, ocasión más propicia, que se le presentó en estos momentos. El tratado del *Zollverein*, renovado por doce años en mil ochocientos cuarenta y uno, podía ser denunciado por cualquiera de las partes á fines de mil ochocientos cincuenta y uno, y seguramente los Estados secundarios, unidos políticamente á Austria, pondrían por condición, para renovarlo, la admisión de esta potencia en la unión. La cuestión era grave para Prusia; porque si los dos Hesses, por ejemplo, se retiraban del *Zollverein*, los dos pedazos de que se componía aquel reino quedarían separados comercialmente uno de otro, como lo estaban geográficamente, sin poder comunicarse entre sí más que por el Hannover, el cual nunca había querido adherirse á la unión aduanera, y formaba, con sus vecinos el Oldemburgo y el Schauenburgo-Lippe, una liga comercial independiente llamada *Steuerverein*. Ante tamaño peligro, la

corte de Berlín no reparó en sacrificios para atraerse al Hannover, lo que consiguió el siete de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y uno, comprometiéndose el *Steuerverein* á fundirse en el *Zollverein* á la próxima reorganización de éste. Con este motivo, la corte de Viena convocó á todos los gobiernos alemanes á conferencias, que se celebraron en la capital de Austria, de Enero á Abril de mil ochocientos cincuenta y dos, y en las que se redactaron tres proyectos de tratado, estipulándose en los dos primeros el ingreso progresivo de aquella potencia en la unión aduanera, y en el tercero, para el caso que Prusia se negase á admitirla, la formación de un *Zollverein* particular entre Austria y sus nuevos aliados. Lejos de acobardarse, la corte de Berlín denunció, á fines de mil ochocientos cincuenta y uno, el *Zollverein*, é invitó á los gobiernos que lo componían á enviar delegados á la capital de Prusia el mes de Abril de mil ochocientos cincuenta y dos, para tratar de renovarlo. Los Estados amigos de Austria sostenían que á la discusión acerca del particular debía preceder la inteligencia entre las dos grandes potencias germánicas sobre las bases propuestas por el ministro austriaco, á lo que se oponía Prusia, exigiendo que se procediese ante todo á renovar la unión. Así las cosas, el cinco de Abril de mil ochocientos cincuenta y dos murió de repente, en lo mejor de la edad, el príncipe de Schwarzenberg. La desaparición de este estadista eminente fué una pérdida irreparable para Austria, que iba á declinar rápidamente de la altura á que la había levantado. Mas conservó por algún tiempo el impulso que la imprimiera, regulándose después de su muerte, conforme á sus deseos y á los intereses de Austria, la cuestión de la sucesión danesa.

El protocolo de cuatro de Julio de mil ochocientos cincuenta, sentando en principio la integridad de la monarquía danesa, dejaba por resolver la cuestión de *heredero*, es decir, á quién iría á parar el conjunto de la herencia de Federico VII. Ayudado por las potencias interesadas en el mantenimiento del equilibrio en el norte, este soberano fué negociando con sus parientes, de los cuales los príncipes de Hesse, el Czar, los príncipes de Oldemburgo y el duque de Augustemburgo renunciaron unos tras otros á sus derechos, siendo al fin adoptado por único heredero y reconocido como tal por las potencias el duque Cristiano de Glücksburgo, cuyos derechos fueron solemnemente garantidos el ocho de Mayo de mil ochocientos cincuenta y dos por el tratado de Londres, que firmaron, con los plenipotenciarios de Dinamarca, los de Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia, Rusia y Suecia. Con esto quedó Europa libre de una gran preocupación, aunque no por muchos años.

La muerte de Schwarzenberg animó á Prusia en su resistencia á la política de Austria. Francisco José, laborioso, instruido, pero de mediana capacidad, otorgó toda su confianza al conde Buol-Schauenstein, discípulo malo de Metternich, de cuyos prejuicios participaba, que no se distinguía ni por la sagacidad ni por el carácter, pero que tenía



un gran concepto de sí mismo, creyéndose un genio porque entendía la política al modo que su maestro, como el arte de la astucia y del equívoco, y trataba de imponerse por modales imperiosos y arrogantes, que solamente surtían efecto con los tontos. Lastimado en lo más vivo por su arrogancia, Bismark, que representaba á Prusia en Francfort, no tardó en declararse paladinamente contra Austria, que ayer admiraba, y de la que fué desde ahora el rival más temible. Poner de relieve la torpeza del ministro austriaco fué para el Conde labor de un día. Aunque joven y neófito en la diplomacia, ejercía por la precisión de sus informes, por el sabor sarcástico de sus juicios acerca de las personas y de las cosas, por la profundidad de sus previsiones y por su desdñosa indiferencia en la elección de medios, gran ascendiente en el ánimo de Federico Guillermo IV. Reíase de los enredos é intriguillas en que andaban ocupados, bajo la dirección de Beust y de Pfordten, los gobiernos secundarios de Alemania, y aconsejaba á su soberano que los despreciase, seguro de que la nación alemana no había de consentir que se rompiese el *Zollverein*. Sus consejos fueron seguidos. Al abrirse, el veinte de Abril de mil ochocientos cincuenta y dos, las conferencias de Berlín para renovar la unión aduanera, la coalición de Darmstadt se negó á deliberar mientras no se invitase á Austria. Varios meses se pasaron en estériles é irritantes debates, hasta que el Gobierno prusiano, bien enterado por Bismark acerca del estado de la opinión, declaró el veintisiete de Septiembre cerradas las conferencias y anunció que negociaría separadamente con cada una de las cortes interesadas. Alemania se conmovió. Beust y sus aliados, creyendo haber ganado la partida, emprendieron con gran actividad la formación de un *Zollverein* particular con Austria. Sus esfuerzos fueron vanos. No habían de renunciar los pequeños príncipes á cincuenta millones de francos que les proporcionaba el *Zollverein* prusiano, el cual fué renovado, á pesar de los esfuerzos de Austria, el ocho de Abril de mil ochocientos cincuenta y dos: comprendía nueve mil cuarenta y ocho millas cuadradas y treinta y cinco millones de habitantes.

Unos meses antes, el primero de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y dos, había ocurrido la restauración del Imperio francés. El Czar deseaba que las viejas monarquías no le reconociesen, ó adoptasen precauciones amenazadoras; Federico Guillermo de Prusia, más alarmado aún, proponía renovar la cuádruple alianza de mil ochocientos quince, y unos días después, trabajaba por formar una coalición con Inglaterra, Países-Bajos y Bélgica, para defender este último Estado, que juzgaba gravemente amenazado. Pero sus intentos y los del Czar se estrellaron en la corte de Londres, elemento principal de toda liga anti-francesa, la cual, viendo encapotarse el cielo por el Oriente y previendo que pudiera necesitar del concurso de Napoleón III contra Rusia, le reconoció oficialmente como emperador el seis de Diciembre, ejemplo que siguieron en breve casi todos los Estados secundarios de Europa. Austria, no obstante su aversión á los Bonaparte y su horror al principio de la soberanía nacional, no osaba declararse contra un príncipe cuyo concurso

quizás le conviniera un día invocar para hacer frente al Czar en el Danubio, y todo lo que éste pudo conseguir de la corte de Viena, así como de la de Berlín, fué que no se le anticiparían á reconocer á Napoleón III. Su intento era manifiesto; mas no se le logró. La disposición de los Estados secundarios de la Confederación germánica á reconocer por su cuenta el nuevo Imperio, obligó al Czar á adelantar el reconocimiento, que efectuó el mes de Enero de mil ochocientos cincuenta y tres, á regañadientes, recordando ásperamente al jefe de Francia las obligaciones que le imponían los tratados de mil ochocientos quince y llamándole con desdén, en la carta que le escribió, *buen amigo*, en lugar del calificativo de hermano usado entre los soberanos. «El principio en nombre del cual reina mi soberano, contestó el embajador ruso al ministro francés, Drouyn de Lhuys, que le pidiera explicaciones, le impide considerar como hermanos á los soberanos que derivan sus derechos de otro principio, esto es, de la soberanía nacional.» Nunca Napoleón olvidó esta ofensa. En términos más corteses que el Czar le reconocieron el Emperador de Austria y el Rey de Prusia, aunque no sin lastimarle también, por sus frías reservas acerca del origen de su poder y por su insistencia en la necesidad de mantener las circunscripciones territoriales fijadas por el Congreso de Viena. De todo esto, Napoleón III sacó el convencimiento de que sería por mucho tiempo mirado como sospechoso y vigilado por las viejas cortes, si no les imponía el respeto por algún hecho de armas brillante.

El tratado de Londres y la restauración del Imperio francés cierran la crisis revolucionaria y diplomática que se había abierto en los comienzos de mil ochocientos cuarenta y ocho. Después de cuatro años de violentas luchas y amenazadores conflictos, el horizonte se había serenado y la paz parecía restablecida en todas partes y por mucho tiempo. Pero estas apariencias eran engañosas. Europa albergaba en su seno un triple germen de revolución, que había de adquirir más pronto ó más tarde formidable desarrollo. La nación alemana había ensayado su fuerza, y Prusia, que no ignoraba la suya, sólo esperaba, para ponerse resueltamente á su cabeza, no ser gobernada por los Federico Guillermo IV ó por los Radowitz; Italia aspiraba con pasión al desquite, y su Prusia sería el Piamonte; Francia, en fin, bajo el absolutismo de un César enamorado en el fondo del principio de las nacionalidades y capaz de desencadenar ciegamente la revolución que tenía agarrotada, era mucho más peligrosa para el equilibrio europeo que había sido bajo la república ó bajo la monarquía parlamentaria de Luis Felipe. Luis Napoleón necesitaba de la guerra, y no había de reparar en desquiciar la Europa, aun sin saber lo que con ello habría de ganar su propio país.